

**Maurin,
gran enigma de
la guerra
y otros recuerdos**

Manuel Sánchez



CUADERNOS *para* el DIALOGO



divulgación universitaria
historia

Por encima de los recuerdos personales de los años de la Segunda República, el autor, militante del POUM, traza un retrato del líder de su partido. Entre autobiografía y biografía, sobre todo a partir de 1936 en que ambas peripecias se mezclan, el presente trabajo tiene todo el valor de un documento histórico y toda la ingenuidad del militante que admira profundamente a ese personaje enigmático y desconocido que fue Joaquín Maurín.

El relato de Manuel Sánchez sobre los avatares sufridos por Maurín y por él mismo es uno de los documentos más fascinantes que se hayan escrito sobre episodios de la guerra civil española. Hay acontecimientos —como el de la supervivencia de Maurín en la zona nacionalista— que parecen inverosímiles e intervenciones bastante insólitas y por encima de todo el relato un verdadero y meritorio esfuerzo por arrojar luz sobre uno de los grandes enigmas de la guerra: el destino de Joaquín Maurín.

CUADERNOS *para* el DIALOGO



Manuel Sánchez pertenece a la generación que destruyó la guerra, lleva residiendo en Andalucía (actualmente en Sevilla) un tercio de siglo, pero, por temperamento y dicción, es un castellano viejo. No ha perdido su admiración por Unamuno y Azaña, a los que, con Salamanca, recuerda con nostalgia. Nacido en 1910, en la provincia de Salamanca, su niñez discurrió alternando la escuela rural con la guardería de cabras, la trilla y otros trabajos de albañilería, hasta que, a los diecisiete años, le llevaron a la ciudad, donde trabajó como amanuense en una oficina. Contaba veinticinco años cuando se produjo el golpe militar del 18 de julio del 36 y tuvo la rara intuición de sospechar que pudiera desencadenarse una espantosa tormenta. Ante el temor, se ocultó durante los años de la guerra, luego fue detenido y procesado, y puesto en libertad en 1943. Empezó después actividades de las que finalmente no tuvo éxito. Aunque viviendo dentro de España, se sintió como exiliado, sin apenas amistades ni relaciones personales, que únicamente cultiva con tres o cuatro médicos sevillanos, los amigos de la librería de José Blanco y algún que otro paseo y charla con su admirado don Ramón Carande, muestra ilustre y acaso única que quede de la Institución Libre de Enseñanza.

libros de bolsillo

CUADERNOS *para* el DIALOGO



divulgación universitaria, historia, número noventa y cuatro de la colección

MAURIN,
Gran enigma
de la guerra
y otros recuerdos

A Ignacio Jarama,
curioso de conocimientos
sobre nuestro inmediato
pasado histórico.

Desde el fondo de estas
sentidas páginas, antes
que escritas, vividas, una
venta años de un mal
absoluto nos contemplau;
que no se repitan.

Sevilla, 18 Mayo 1976

Manuel Sánchez

EDITORIAL CUADERNOS PARA EL DIALOGO, S. A.
EDICUSA MADRID, 1976

© Manuel Sánchez Rodríguez, 1976

Derechos exclusivos de esta edición:

EDICUSA

Editorial Cuadernos para el Diálogo, S. A.
Jarama, 19. Madrid - 2

Cubierta: M. Ruiz Angeles

ISBN: 84-229-0195-1

Depósito Legal: M. 12.953 - 1976

Printed in Spain. Impreso en España por
Artes Gráficas Iberoamericanas, S. A.
Tomás Bretón, 51. Madrid - 7

*A mi suegra, Luisa Gómez de Pró,
que vive y recuerda.*

*A mi mujer, Tomasa Pró, que se
sacrificó por mí durante siete lar-
gos y terribles años.*

*A mis tres hijos y a los nietos, que
por casualidad, vivieron.*

*Agradezco a Jeanne Maurin la carta
que incluyo en el texto.*

NOTA PRELIMINAR

Entre los años veinte al treinta y seis del presente siglo —ayer como quien dice—, se vivió en España un ambiente general de admiración por la cultura, con apetito de saber, que muy bien pudiéramos llamar un tiempo reverencial del catedrático. La figura señera era Unamuno. Los españoles comenzamos, más o menos, a leer y, es un decir, a enterarnos de nuestra Historia patria, que empezaba a desvelarse a través de investigadores estudiosos que iban a ir divulgándola. La formación intelectual de estos beneméritos españoles no era del agrado de las minorías prepotentes y mucho menos aceptarían éstas el juicio que, del conocimiento de la Historia de España, hicieran aquéllos. Para los reaccionarios, la difusión del saber era un mal que debería atajarse.

El atroz conflicto de las castas durante siglos, con el dominio al final de una sola —la de los cristianos— sobre las demás, traería en España la fusión de la Iglesia monolítica y el Estado, de cuyas consecuencias se derivarían el absolutismo feudal político-religioso, imperante en el país hasta la invasión napoleónica de la Península. Mas, como contrapartida por haber derrotado los españoles a Napoleón, el absolutismo atroz sería restaurado con Fernando VII, y éstas han sido dos de nuestras mayores desgracias naciona-

les. En un constante tejer y destejer, España seguiría avanzando, pero nunca desharía el nudo Iglesia-Estado, ni siquiera al advenimiento de la Segunda República, aunque en este momento el terreno fuese preparándose para realizar una labor nacional que se hacía necesaria. Había la esperanza de que aquel casi desbordamiento de ansias de saber, de los años treinta, contribuiría a implantar sin traumas —por el conocimiento y el amor— un régimen democrático de convivencia nacional, apetecido por la mayoría de los españoles. Mas, para la minoría privilegiada, ese objetivo cultural, si se lograba, traería como consecuencia una pérdida de parte de sus privilegios, que de ninguna manera estaba dispuesta a tolerar que se le mermasen.

Con el fin de conjurar lo que creía desastroso peligro, la reacción se organizó, levantando bandera de reconquista con inscripción de sus particulares objetivos que —anticomunismo como cebo aparte— habrían de consistir, principalmente, en la destrucción sistemática de la cultura popular, incipiente, y la defensa de una Patria que nadie atacaba pero que la ultraderecha veía perdida y deseaba reconquistar en sus esencias espirituales de absolutismo. De qué esencias históricas nacionales era depositaria la minoría privilegiada de particular patriotismo, los archivos iban a esclarecerlo. Por lo que el manejo de estas fuentes no debería estar al alcance de gentes con espíritu crítico, que pudieran dar fe y conocimiento público de hechos conturbadores. Se pretendía que la Historia permaneciera enterrada o que no se diera de ella más que versiones mitificadas. Los desmitificadores que hubiera serían declarados anti-españoles. Y de ahí que ni siquiera la generación intelectual del 98 se librara de ser acusada de antipatriótica. La que le siguió fue considerada enemiga. Para el tradicionalismo clerical, sería una afrenta que se supiese por muchos que, en nuestros antecedentes históricos, existieran páginas que inspirasen a don Américo Castro en su idea sobre el padre Las Casas (un converso), y con palabras de éste sobre Cortés, dijera:

«Para el clérigo-dominico-obispo don Fray Bartolomé de Las Casas, el conquistador Hernán Cortés es como un jifero

que, en lugar de reses, matara hombres con sus propias manos. Las Casas se representa a Cortés en Cholula en estilo de «esperpento»:

«Dícese que estando metiendo a espada los cinco o seis mil hombres en el patio, estaba cantando el capitán de los españoles:

*Mira Nero de Tarpeya
a Roma cómo se ardía;
gritos dan niños y viejos,
y él de nada se dolía.» (1)*

Hay enseñanzas que pueden evitar muchos males. La última guerra civil española tuvo sus antecedentes en las que se sucedieron durante siglos «de afrenta que nunca acaba», que dijo Luis de León (otro fraile converso), pero que olvidamos por no haberlo aprendido, como consecuencia de que no nos lo hubieran enseñado. Y así fue que nos pilló de sorpresa en 1936 la llamada de un fuego que se mantenía latente bajo el rescoldo, surgiendo la más despavorida y cruel de las tragedias que, desearíamos, hubiese sido por fin la última. En el deseo de que así sea están inspiradas, lector, las páginas del presente libro.

(1) En *Cervantes y los casticismos españoles*, página 205, de Alianza Editorial.

I

RETRATO FISICO DE MAURIN

El retrato físico de Joaquín Maurín Juliá ofrecía rasgos bien acusados, de firme carácter y fuerza visible de voluntad. Era un hombre alto, de un metro noventa aproximadamente, delgado pero de complexión fuerte, un tigre despe- rezándose. Natural de Bonanza, un pueblecito de la montaña ribagorzana de la provincia de Huesca, donde pasó su infancia y aprendiera en la escuela rural las primera letras. Fue transplantado en su adolescencia a la capital de la provincia para estudiar la carrera de Magisterio, y maestro nacional se hizo.

Maurín intervendría en las luchas sociales desde muy joven, interesándose en la defensa de los seres humildes, lo que le llevaría luego a trasladarse a Barcelona. Conocería después Europa y también viajó a Rusia allá por los años veinte. De humor fino aunque un tanto socarrón de origen campesino aragonés, pero muy bien adaptado con el temperamento sutil del barcelonés culto. Voz fuerte y bien timbrada de agradable pronunciación bien sonante. Para los que no llegaran a conocerle y hayan tenido ocasión de ver la figura de Sender, el físico de éste, sin barbas, puede servirles de orientación de la imagen. También la voz de Maurín guar-

daba cierta semejanza con la del gran novelista. Nada de ello es de extrañar, puesto que los dos nacieron y se criaron en la misma región pirenaica aragonesa.

Aunque no tuve ocasión de oír nunca cantar a Maurín ni tampoco sé si lo hacía, me figuro que no debía hacerlo mal; su elegancia física podía servir de ideal a un buen barítono. Los que le conocieron y le vieron hablar dirigiéndose a las multitudes, coinciden en que era un estupendo orador. No le conocería yo más que en una conferencia con escaso auditorio, pero recuerdo de su palabra fácil, gran amenidad, poder de convicción y gesto resuelto. Disponía Maurín de una vasta cultura, por lo que dominaba el arte de la persuasión y, aunque pudiera fácilmente mostrarse teatral, la demagogia no solamente no le atraía sino que, incluso, le repugnaba. Su capacidad de síntesis le situaba, lo mismo como orador que si de artículos periodísticos o escritura de libros se tratase, a gran altura y dominio intelectual. El inglés y el francés los dominaba como el castellano o el catalán, y en ruso y en alemán podía defenderse. Su golpe de vista para valorar los problemas políticos era tan certero, que superaba a su acervo cultural.

Decir que de cejas muy pobladas, podría parecer que imito la descripción tantas veces hecha de los muchos cejijuntos que en el mundo han sido, pero sí tenía Maurín las cejas bastante espesas. Ojos azules de mirada astuta y en guardia, con el cabello gris cárdeno ya, a pesar de que todavía era un joven hombre de cuarenta y cuatro años nada más entonces, es decir en mil novecientos cuarenta y uno. Hablaba pausadamente pensando bien cuanto decía, al tiempo que levantaba la frente como mirando y señalando el futuro... Acostumbraba, a veces, sujetar con la mano derecha el dedo índice de su mano izquierda como para fijar el rumbo y retener también la atención de su interlocutor —que durante años fue él mismo— sobre lo esencial del tema que discurría. Un aire de romanticismo y soñador, de innata bondad, tampoco le era ajeno y, por supuesto, que nada tenía de huero, con lo que su figura se hacía agradable y extraordinariamente atrayente.

A Joaquín Maurín le conocería yo en Barcelona el año 1935, en el mes de octubre precisamente, seis años antes de que conviviéramos juntos, como vecinos separados por la valla de un jardín, solamente que nuestra morada era la prisión provincial de Salamanca y allí no teníamos jardín ni seto. En Barcelona, me llevó Andrés Nin a presentármelo y conocerle en la redacción de «La Batalla», semanario del que Maurín fuera fundador y director y yo leía y distribuía, de cuyos artículos analizando los acontecimientos políticos y sociales de nuestro país dejó constancia histórica, por ser sus juicios, digamos desgraciadamente, certeros.

Como diputado por Barcelona en las elecciones celebradas el 16 de febre de 1936, las intervenciones de Maurín en el Parlamento se distinguieron por su crítica severa y la advertencia hecha al Gobierno presidido por Azaña y al que, después, presidiera Casares Quiroga, por su complacencia ante los manejos y la conspiración fascista, que podrían poner en peligro la propia existencia de la República burguesa.

Mas no me propongo escribir una biografía completa de Joaquín Maurín Juliá, primero porque hay gentes más documentadas, o con posibilidades de hacerlo mejor de lo que yo pudiera conseguir, y luego las buenas dotes literarias, que a mí me faltan. Mi propósito no es otro que el de dar a conocer el período de esos diez trágicos años en el acontecer de la vida de Maurín que, acaso, sólo yo mejor conociera. De este conocimiento se deriva casi una obligación para darlo a luz.

De la existencia física de Maurín fueron millares los testigos que le vieron y le conocieron, aunque fueron muy pocos los que tuvieron ocasión de hablarle ni tener contacto con él, apartado como le fue obligado permanecer. La mayoría de aquellos testigos no tuvo tampoco interés especial por preocuparse de su situación personal, y, dado el desconocimiento de la intimidad del caso, escribir sobre Maurín, en el supuesto, claro está, de que alguno, de aquéllos muchos que lo vieron, hubiera tenido vocación para ejercitar la pluma, no hubiera podido decir mucho más que el haber-

le visto, solo, aislado y sin contacto oficial con los demás presos. Mi caso era distinto.

Aunque no me haya faltado vocación para escribir, no ejercité la escritura, fui, siempre que pude, consumidor de lectura, así que ahora que escribo lo hago con no pequeño esfuerzo, mas en este caso la dificultad para la escritura la suple el conocimiento del tema, que muchos, españoles y extranjeros, están ansiosos de asimilar. Las dotes literarias, en cuanto a brillantez, estarán, pues, ausentes, mas entusiasmo y esfuerzo para esclarecer el enigma no serán regateados, en justa correspondencia a la memoria inolvidable del gran amigo muerto.

El período en la vida de Maurín a que he de referirme, fue el más épico y trágico. Y no es que lo fuera solamente para él, la mayoría de los españoles sufrimos también lo nuestro, pero no todos teníamos la misma significación política ni una personalidad en alguna forma destacada, aunque cada cual poseyera su corazoncito. Con su muerte, el día 5 de noviembre de 1973, en Nueva York, y aunque fuera ya a edad no prematura, Maurín no terminó de escribir sus *Memorias*, pues era tal la depresión que en él entraba al recordar época tan nefasta, que dejaba para el año siguiente pasar todos los años, con el propósito de emprender la ingente tarea, que por fin comenzó, pero no la acabó.

Muchos o todos los que sobre Maurín han escrito a raíz de que muriese, se han formulado la pregunta cuya respuesta nadie mejor que él podía adecuadamente haber dado con la escritura y publicación de sus recuerdos. Dejó solamente escritos seis capítulos, que no cubren su acontecer en los años de mayor interés por lo desconocido de su drama personal, varias de cuyas facetas casi solamente yo, en parte, conozco, y ello explicaría el motivo de verme puesto pluma en ristre.

Como quiera que, en los oscuros recovecos y entresijos de los recuerdos de muchos que en vida conocieran a Maurín, se conserva el testimonio de circunstancias confusas (desde luego muy distintas a las que yo poseo) en las que este hombre político y revolucionario socialista, propicio a los

grandes nobles gestos y las grandes expresiones e ideas, fuese finalmente considerado como un enigmático abúlico, casi un maldito, poco menos que un traidor a la causa del pueblo del socialismo, tal vez por no haber sido acaso ejecutado en la zona nacionalista. Creo que es hora de deshacer la confusión, y con ello, enderezar el entuerto.

He de comenzar por afirmar que Maurín fue un héroe, un hombre serenamente aterrado. Su vida pasó del triunfo triunfante a convertirse durante unos cuantos meses en azaroso fugitivo y después a la sórdida tristeza de los apestos calabozos policíacos y de las celdas carcelarias durante diez años casi solitario, desde donde pudo captar el rumor de la gran derrota de los ideales y la obra toda de su vida, que dejan en la boca y en el alma un sabor tan amargo de nulidad e impotencia. Si, por añadidura, se ve también convertido en objeto pasivo de una teórica necesidad de Estado, aunque, por lo demás, a éste ningún servicio le prestara, su tragedia personal es doble.

Hay acontecimientos en la vida de los hombres que dejan de ser anécdotas personales para convertirse realmente en datos de interés histórico para sus prójimos, y éste es sin duda uno de ellos. Justificaría doblemente el que este caso, singular, se esclareciese, el estímulo, así de propios y extraños, que para ello he recibido; por lo que comencé a perfeccionar los datos que sobre Maurín conocía, aunque en parte venía casi olvidados por no haber pensado nunca en hacer uso alguno de ellos. La máquina de mis recuerdos se fue poco a poco poniendo en movimiento y, de tal forma iban, como cerezas de un costal, saliendo, que fui vertiendo al papel gran parte o casi todo lo que llevaba dentro, sin consultas de fechas, datos ni demás aditamentos. No son, pues, mis referencias compulsables, ya que no me quedaron, en el transcurso del tiempo, más que esencias en el archivo que son casi sesenta años sin legajos en el cerebro.

Así que, bastante mezclado, aderezo lo a mí acontecido con la historia de Maurín, que lo estaba pidiendo. Me incluyo con él aunque no fuera pertinente, pero he de confesar que, como autor, me falta habilidad para desentrañar y

hacer disección de unos y otros sucesos, cribar el grano y cerner la harina y separarle el salvado. No he de pedir perdón por ello, pues no creo y en este momento no lo recuerdo que Cide Hamete Benengeli lo hiciera, al serle imposible nombrar a don Quijote sin mentar al propio tiempo a Sancho Panza, el criado, del que también puso a punto todo aquello que era menester se pusiera y en aquella verdadera historia se relata. Confío en que la mía no sea menos creíble que la que allí, por las razones que se dan, se cuenta.

Antes de 1936 Maurín había escrito tres libros: *Los hombres de la Dictadura* (1930), *La Revolución española* (1932), y *Hacia la segunda Revolución* (1935). Según Pedro Bonet comenta, estos libros son «la trilogía que constituye un análisis magistral y la radiografía del proceso político que se abrió en España a partir de la Dictadura de Primo de Rivera hasta el 19 de julio de 1936, pasando por la Segunda República».

En septiembre de 1935 se constituyó el P.O.U.M. con la fusión del B.O.C. y el grupo que dirigían Andrés Nin y Juan Andrade, de los que era amigo yo y a los que me unía amistad personal; y a través de ellos dos conocería después a Maurín, dando la casualidad de que nos encontrásemos después, Maurín y yo, en la misma prisión, él, secretario, y yo el último y más insignificante de los miembros del Comité Central del Partido.

Por ello, desearía cumplir dignamente un penoso deber que es el homenaje póstumo al amigo que pudo en vida y no hizo un trabajo brillante y yo no lo haré sino tosco. Mas sírvame de disculpa la máxima sentenciosa, que quiero respetar, de nuestro entrañable León Felipe en su poema *Romero solo*:

«No sabiendo los oficios los haremos con respeto.»

II

MI INFANCIA Y ADOLESCENCIA

En el relato que sigue, la cronología de los sucesos va en orden directo a como se produjeron, o acaso más bien tal cual yo los recuerdo, pues de otra manera no me entendería y sería incapaz de describir la película si la cinta se enrolla, por lo que no podría pasar fácilmente sin invocar mis primeros tiempos, los de mi infancia —nada risueña—, que no son precisamente «recuerdos de un patio de Sevilla y un huerto claro donde madura el limonero», que de la suya dice nuestro gran poeta nacional don Antonio Machado.

Mis recuerdos del tránsito en la infancia y en la niñez, son los de unos parajes pobres y míseros de Castilla donde lo que allí florece es la encina y el tomillo y alguna retama, rojío no más que para escuálidas cabras.

La primera noticia de carácter político de que guardo vaga memoria fue la muerte de Dato, acaecida en el mes de marzo de mil novecientos veintiuno, y me sirve para averiguar ahora que tenía yo entonces diez años. Lloviera o chuceara, iba a pie y andando todos los días, desde que cumpliera los cinco añitos, a la escuela del lugar, distante una hora de camino, unos cinco kilómetros, de la aldea en que vivía. Chicos y chicas salíamos de casa a las ocho de

la mañana para regresar al atardecer, de noche ya en invierno. El camino que recorríamos era, como todo allí, duro de andar y, en invierno, a veces habíamos de salvar atolladeros y roderones que formaban los carros, principalmente los del renovero, tratante de cereales, que pasaban cargados de trigo con destino a las fábricas de harinas, y alguno perteneciente al médico como consecuencia del cobro en especie de la iguala.

Los carros, aquéllos del renovero, iban tirados por cuatro mulas, un macho grande a las varas, guiadas por el mulero, hombre fornido que llevaba los pantalones subidos más arriba de los tobillos y sujetos por correas o cuerdas atadas por encima de las pantorrillas, al objeto de cuidar que no se le embarrasen demasiado. A nosotros, los chicos, nos servía de gran regocijo y no poca algazara el que se atascase en el fango el carro, que también luego ayudábamos a desentollar portando piedras para ir calzándolo. Mas el espectáculo era ver y oír al mulero restallando la tralla al tiempo que soltaba un repertorio infinito de blasfemias, y dar después la voz de dirección de «ría» o «bo», con lo que el tiro de mulas, enardecido por las voces y los palos, arrancaba en un santiamén y volvía a enroderar otra vez el carro.

De estas escenas me acordaba yo en París cuando en una ocasión me contó María Teresa Andrade que, presenciando ella en 1936 en Sevilla la salida de la catedral de un paso que apenas cabía por la puerta, el capataz, después de varios intentos mandando a los costaleros «izquierda», «derecha», «de frente» y el divino Señor no salía, cuando los espectadores con más silencio observaban la delicada maniobra, soltó el guía un estruendoso «taco» y el paso salió. El asombro, las carcajadas y los aplausos del respetable se mezclaron, mientras el capaz saludaba diciendo: «¡pero salió!»

Aunque la temperatura fuera a veces de varios grados bajo cero, o incluso el suelo estuviese cubierto por la nieve, no por eso dejábamos nosotros de ir a la escuela. El gabán y abrigo de que carecíamos lo suplíamos echando a trechos alguna carrera para no quedarnos ateridos, pues corriendo se quita el frío, con lo que la reacción producida al correr nos

alentaba el picor de las sabañones de las manos y las mejillas, que se nos ponían a punto de reventar, igual que a veces, el besugero de Moguer, amigo de Platero.

A pesar del frío infernal en los días de helada negra, era en la austeridad, la pobreza, que no había allí costumbre de usar guantes, aunque no estuviera tan mal visto el uso de guaniquetes, pero tampoco había lana ni tiempo para hacerlos. A las nueve de la mañana hacíamos la entrada en la escuela, y a las doce salíamos para comer. Volvíamos a las dos de la tarde a clase. Durante ese par de horas varios chicos tenían que llevar la comida a sus padres o deudos, labradores que se encontraban generalmente arando en parcelas a bastante distancia del poblado, a dos o tres kilómetros y a veces más lejos.

Le llevaba yo la comida a mi tío, un pobre y ¡naturalmente! humilde labrador de los que tanto abundan en Castilla, que cultivaba él solo, y sin otra ayuda más que para hacer la siega, unas sesenta huebras de tierra de pan llevar, sembrando principalmente trigo candeal, alguna cebada, un poco de centeno, avena y también algarrobas; más unos cuantos celemines de garbanzos para el consumo familiar y un par de arrobas de patatas con idéntico fin. Garbanzos y patatas eran el alimento base y casi único del yantar, condimentados con las grasas del cerdo cuya matanza se efectuaba por Navidades. Después de pagar la renta, no le quedarían más de veinte fanegas de trigo para vender, siempre al precio más barato del mercado por lo acuciante de su necesidad. El resto de la cosecha sería consumido por personas y animales, pues todos ellos no llenarían el estómago con muchaavididad.

Por ser las tierras de escasa o ninguna riqueza, el cultivo lo hacían allí en ciclos de tres hojas, a fin de que aquéllas no se esquilmaran demasiado por falta de fertilizantes, con lo que una era siembra de trigo y de cebada, otra segunda parte recibía la siembra de los «tardíos», quedando el tercio restante un año en descanso o barbecho. Los labradores con mejores disponibilidades económicas, poseedores de puntas de bueyes poderosos, trabajaban la tierra con menor

esfuerzo personal, pues el gañán se deslizaba sosteniendo no más la mancera del arado del que la yunta tiraba, sin que se viera obligado a empujar con su cuerpo en ayuda del tiro animal. No era, por el contrario, el mismo caso el de mi tío, que jamás pudo, por estar siempre a falta de cien escasos duros, conjuntar dos parejas, y ni siquiera una, de bueyes de porte regular. El realizaba la dura labor de la arada con dos parejas de escuálidas vacas, con lo cual se veía obligado a ayudar a su yunta si quería hender algo la reja en la tierra y removerla para que la labor resultase un tanto más beneficiosa, con lo que terminaría la jornada extenuado por el esfuerzo realizado al cabo del día.

Así por aquel ingente esfuerzo, a sus cuarenta años, tenía ya mi tío aspecto de viejo apergaminado, patizambo y totalmente derrengado.

También trabajaban en el campo jóvenes mozancos que, en primavera, cantaban al compás lento y cansino de la marcha de los bóvidos, viejas canciones con tonadas que parecían invocar añoranzas de origen acaso mozárabe, cuando el moro por la región se enseñoreaba. La barbechera entonces parecía salir de su atonía y se alegraba con el cantar ancestral de la arada, que se sentía nostálgico en los días serenos, transportado el eco por el viento sutil a través de las colinas circundantes, llegando a los corrales donde las mozas, cosiendo a la solana, esperaban la llegada del atardecer para asir un par de cántaros y salir a la fuente para hacer acopio de agua. A su encuentro por el camino llegarían después los mozos con el zocaño de pan y un pedazo de tocino o de queso en la mano que constituían la merienda. Llevaban las mujeres puesta en la cabeza una rodela hecha con el mandil o de un pedazo de tela para colocar encima el cántaro y apoyado en la cintura sobre el cuadril transportarían, enhiestas y sin mover más que los labios, por darle al palique, irían cargadas con los dos cántaros, pues los mozos, por no ser oficio de hombres acarrear agua de la fuente, jamás le echaban al cántaro una mano, y habían de conservarla además libre, para si tenían necesidad de soltar algún guantazo que motivasen los celos de otro galán más apuesto

pues no sería el primer cántaro que se estrellase contra el suelo por razones de ese jaez y por esas, tan poderosas, circunstancias.

Le llevaba yo a mi tío también la reveza, además de la comida para los dos, una pareja de vacas casi siempre sueltas y a veces uncidas, para que por la tarde sustituyeran a las que por la mañana habían estado arando. Las parcelas, o «suertes» que decían allí, procedentes casi siempre del reparto y disgregación de sucesivas herencias familiares, estaban diseminadas por diferentes lugares del término municipal y me llegarían a ser casi conocidas en su emplazamiento, desde que, a los seis años, comenzara a recorrer aquellos pedregosos campos.

Alguna vez el punto de cita para encontrarse con mi tío estaba condicionado a la hora en que pudiera él haber terminado de alzar o de binar por la mañana la suerte o finquita más alejada, desde donde se trasladaba luego a la para mí más cercana, y en todo caso en ésta debía esperarle si no estaba. Ese día de marzo a que me refiero y por esto también lo recuerdo, debíamos establecer contacto en el punto y lugar adonde yo llegué o que tal así me parecía. Llegué, esperé y hasta me desesperé por su tardanza, y muy descorazonado ya me volvía, cuando por fin vi a lo lejos algo que se agitaba, descubriendo luego la yunta por su mayor bulto y después al yuntero, que me hacía señal con la aguijada en la que había colocado la boina haciendo anuncio de su llegada.

Aquel día soplaba un airón fuerte, el cierzo frío, por lo que nos hicimos una abrigada con la anguarina colocada sobre la mancera y la cama de madera del arado romano. Así protegidos del viento nos sentamos a comer, y al abrir la cesta de los pucheros del condumio saqué un periódico de algún día anterior que me dieran para que se enterase mi tío de la noticia del asesinato de Dato, que se publicaba. Por las exclamaciones y contorsiones del cuerpo y los comentarios que oí en aquel momento, me hice cargo de que aquel famoso suceso debía tener grande importancia, aunque para mí nada entonces supusiera. Mas de este acontecimiento, o

su noticia mejor, me da fe ahora de que entonces tenía yo diez años cumplidos. Y su recuerdo es porque todavía veo a mi tío haciendo visajes de desesperación y oírle las exclamaciones que pronunciaba acompañadas con una blasfemia un tanto atenuada, que allí se usaba en femenino: «diosla».

Los juicios de aquel hombre no eran ni absolutorios ni condenatorios para los asesinos, sino más bien explicativos, con razones de que las causas podían haber sido las mismas o parecidas a las que originaran la muerte de Canalejas, con lo que embrollaba a anarquistas y curas, si bien de éstos él opinaba que eran casi santos, aunque dudaba del párroco porque se comía, según él decía, una buena parte de los huevos que ponían las gallinas del vecindario, «¡y con lo bien que sabe y lo bueno que está un huevo frito!», decía. Destripaba un terrón de un puntapié, con su abarca, al mismo tiempo que me miraba de soslayo como presunto culpable yo de sus males; tornaba haciendo muecas a invocar a varios santos de la corte celestial, como el herrero, al que imitaba, pidiendo primero que lloviera y luego, lo de siempre, un gobierno que diera a los labradores créditos para que pudieran guardar los pobres, como hacían los ricos, unos meses el trigo en la panera, hasta que llegasen los mejores precios y no tener que venderlo en la misma era.

De fechas así exactas como la de la muerte de Dato con que pudiera acreditar mis recuerdos personales que ahora escribo, pocas más serán las que habré de compulsar, pues no figurarán en registro; lo más probable será que lo acontecido en tal momento y lugar puede que a mí solamente sucediera, no conservando por tanto más que una imagen difuminada de los hechos.

Una vez terminado el yantar —sopas de pan, garbanzos y pan pringado con tocino— tornaría yo a casa conduciendo la otra pareja de vacas, que dejaría descansando para volverme rauda a la escuela. El gañán se había quedado arando hasta terminar el día, trabajaba de sol a sol, siendo así que eran precisamente los animales los que únicamente se turnaban en la penosa tarea de la arada; los hombres se cuidaban

unos casi que las bestias y no eran tampoco mucho más apreciados que ellas.

Los domingos, después de misa por la mañana, y también luego, después de comer, los hombres jugaban a la calva, un juego angulado ligeramente, puesto sobre un montoncito de tierra formando un hito cuyo objetivo es el que hay que sacar con el marro, tirando a una distancia de quince o veinte pasos. Es válida la tirada que, sin tocar tierra, da en la madera. De no darle a ésta debe venir la expresión marrar. Es el marro una piedra pulimentada, como un rollo, de aproximadamente un palmo de largo y peso adaptado a las fuerzas del jugador. Aunque no había oficio de marrero, algún anciano se entretenía haciendo los marros y varios de ellos estaban tan bien labrados que parecían repujados en madera. Pero eran hechos de una piedra de granito más duro del corriente, de color gris plomo, que allí llamaban tonda. Había allí minas de plomo.

Los partidos de calva se organizaban en un mano a mano, por parejas y también de tres a tres jugadores por cada bando. Creo recordar, también, que el juego es a nueve tantos, y la partida de cinco juegos. No eran raros los desafíos entre jugadores de pueblos limítrofes en los que intervenían veintuno y hasta treinta jugando por cada parte. Aparte de la honra, se jugaba allí el importe de unas arrobas de vino que bebían, mientras el juego era disputado, no sólo los que jugaban sino también los mirones, chicos y grandes. Tampoco era nada de extrañar que, al final, la función terminase a palos, bien porque las lenguas se desatasen, por efecto del vino, o por mentarse indirectamente algún mote de los que eran uso y costumbre, para sustituir el propio nombre, aunque no eran aquellos lugares conocidos por los ya famosos de los de «La Reloja», que dice Cervantes de los vecinos de Espartinas, en la provincia de Sevilla, o de «los del rebuzno», que se abstuvo muy cuerdamente de decir el lugar de donde eran.

A pesar de su general cansancio, alguna vez también jugaba a la calva mi tío, que conservaba la afición desde joven, aunque había perdido ya el tino, y cada vez que tiraba y

no daba en el palo, lo que con mayor frecuencia acontecía, daba entonces una media vuelta mirando a los espectadores y haciendo gestos de desesperación, mentaba sus santos preferidos dirigiendo, al propio tiempo, la mirada al cielo, y la boina parda se le ladeaba o se le caía, y los truenos aumentaban mezclados con un «¡aína le doy!». Nunca se habrá visto ejecutar en el circo tan originales cabriolas, que hacían allí la delicia de la concurrencia y no hubieran divertido menos en Madrid, o en cualquier lugar con gusto para la mímica.

Allá por el mes de junio, a las horas de recreo, los chicos lo pasábamos en grande. «¡Que vienen los zumbos!», gritábamos. Salíamos entonces al cordel a ver pasar los rebaños de merinos trashumantes, a cuyo frente iban los mayores acompañados de los moruecos con grandes cencerros que orientaban a la manada, oyéndose a grandes distancias como avisando de su llegada.

De otro acontecimiento político de que guardo memoria y de fecha conocida, habiendo cumplido entonces los trece años yo, fue del golpe de Primo de Rivera, según historiadores, de conformidad con el Rey, el 13 de septiembre de 1923. Por aquella época del verano, no solamente la siega y la trilla se habían prácticamente terminado, sino que incluso la mayoría de las parvas se habían también aventado ya. Mas como este quehacer depende de la dirección de los vientos, siendo el bueno el denominado allí serrano, que es el proveniente del Sur, se alternaban los días con el encierre de la paja. Ese verano estuve de trillique en otro pueblo, Miranda de Azán, pero al terminar la trilla del bálago, manejaría también el biello y me utilizarían abaleando el trigo y la cebada; aecharía grano con la criba y luego encerraría paja, primero apisonándola, en la red del carro, y después dentro del pajar, que, una vez cerrada la puerta, se volteaba entrándola por el bocín. En esta ingrata faena nos encontramos, por aquellos inolvidables días que recuerdo por el anuncio que se hiciera de que había llegado el salvador de la Patria, tanto o menos que por encontrarme dentro del pajar encerrando paja de algarroba, los borrajos, que suelen

un polvillo abrasador y pica la piel y la garganta que es un verdadero suplicio, prueba que no sé que haya conocido ningún aspirante a salvar alguna parcela del mundo.

Los acontecimientos políticos aquellos eran discutidos, mientras jugaban a la pelota en el frontón de la iglesia, por el cura y el maestro del lugar, que no llegarían a ponerse de acuerdo, pero que por mucho que sudaran, su sudor todavía no era negro. Sin embargo, a la caída de Primo de Rivera ya no asistiría impasible yo. Llevaría dos años residingo en Salamanca, me iba formando al contacto y trato con gentes más cultas que se preocupaban por la cosa pública, y a las que sin duda debo unos principios de conocimientos pero, sobre todo, un despertar de inquietudes y deseos de saber. Carecía de instrucción, porque mis estudios no pasaron de la escuela rural primaria. Desde los cinco años asistiría, hasta cerca de cumplir los trece, a una escuela cuyo maestro, es decir el que daba las clases, era el secretario, marido de la maestra titular, siempre enferma.

Los chicos ni sabíamos, ni nos importaba, aquella extraña circunstancia. Nos chocaba, y no poco, ver puesto en algún papel como antifirma: La Maestra. Y también nos sorprendió que un día que apareció un inspector de primera enseñanza compareciese la maestra en la escuela. Recuerdo que a la pregunta que el inspector nos hiciera sobre de qué había más, si de agua o de tierra, contestamos todos a coro: «¡tierra!» Nuestros pobres conocimientos de Geografía se reducían a los parajes que nos rodeaban, y algunos acaso no hubieran visto siquiera el agua del río Tormes, distante cuatro kilómetros.

Los palos con una vara de mimbre, que nosotros mismos portábamos por su encargo, nos eran dados por el maestro, aunque también nos enseñara a leer y escribir y las cuatro reglas de la Aritmética, lo que para ir a arar no sería poco y creo que todos se lo agradecemos. Era el maestro un tipo de farsante que practicaba varios oficios, lo mismo suplía a la maestra, llevaba la secretaría del pequeño lugarejo, ayudaba también a misa cuando faltara monaguillo, y hacía de buen componedor en las disputas entre vecinos. Estaba sus-

crito a «El Debate», periódico casi único que, por exhibirlo el maestro cubriéndose para vigilarnos al acecho, conocíamos los chicos.

En la puja a la llana para fijar el precio del remate por el aprovechamiento de pastos del municipio o en las tierras donde estercar el rebaño, eran juegos malabares los que ejercitaba para que el postor, aun no siendo el mejor, fuera el mayor propietario el beneficiario y el importe el más barato. Muñidor también de votos a favor del diputado católico más preclaro, y en la elección de concejales proclives a votar por la merienda oficial a cargo del erario público, la habilidad del secretario-maestro-monaguillo, se reconocía y por nadie, y aunque no faltara costumbre, era públicamente blasfemada.

III

SALAMANCA

Quien leyere verá que lo escrito en este libro está, de una u otra forma, relacionado con la política, y si en alguno de sus capítulos no aparece el nombre de Maurín, su espíritu también se encuentra en ellos. Pues a su recuerdo debe el autor no solamente la inspiración de sus juicios, sino el que sea también la causa por la que haya emprendido la redacción de estos relatos que jamás imaginó tuviera algún día la necesidad histórica de realizar. Y si bien los hechos sucesos acaecidos a Maurín, en los diez años más desconocidos y apasionantes de su vida, podrían ser relatados (y lo fueron por mí, en unas cuantas páginas), los sucesos en torno a él y en la zona nacionalista, donde se encontraba encarcelado, fueron vividos, y no solamente por mí, muy acuciosamente. Por lo que no será de despreciar su relato y conocimiento, ya que guardaban relación directa con la causa por la que Maurín se encontró primero siendo fugitivo y luego entre rejas.

La pregunta que todo aquel que se ha interesado por este extraño fenómeno de sobrevivencia se formula, y quiere ver contestada, ¿cómo y por qué Maurín salvó la vida?, puede que tarde todavía en contestarse en forma veraz, o que

incluso no se conozca nunca. Mi explicación se basa en hechos muy convincentes, aunque no eran prácticas que entonces se ejercitasen normalmente. De cuyo conocimiento el propio Maurín poco más que lo que yo sé y no mucho más explícitamente que la mía, salvo en gran cantidad de detalles que él solamente podría haber aportado, hubiese sido su versión personal. Lo que está perfectamente claro es que él no pudo canjear su vida, supongamos, por ningún imperio que no poseía. Su vida no dependió de él, que careció en todo momento de iniciativa, sino que estuvo sometido a unas circunstancias extrañas que le valoraran, cuando más, y también tuvo un mucho de suerte para ir saltando etapas por las que, casi por minutos, salvara alguna.

Mas hagamos aquí punto, que tiempo habrá para llegar a dar detalle y debida cuenta de los acontecimientos y vicisitudes que culminaron con la detención del fundador y primer dirigente que tuvo el P. O. U. M. y este su posterior traslado y permanencia, durante cinco años y medio, precisamente en la prisión provincial de Salamanca, de esta ciudad donde trascurrió la juventud del albacea y notario que da fe del acontecer, de la vida, en ese lustro, de Joaquín Maurín Juliá.

No le es fácil a un chico de origen campesino adaptarse al ambiente, en sus primeros días de estancia en una ciudad, a los costumbres y hábitos de sus gentes, sobre todo si lo que predomina en ella de manera visible es el ejercicio cultural, y en Salamanca es la grey estudiantil lo que bulle y se hace patente. Si, además, no es al campo universitario adonde el joven lleva encaminados sus pasos, por carecer de preparación y de objetivos previos, transcurrirá acomplejado y observador, evitando rozar su visible tosquedad, para no ser víctima propiciatoria de cuchufletas alusivas a su aspecto rural, lo mismo que al provinciano hacen en la gran ciudad. Tendrá que rechinar los dientes más de una vez sin descomponerse para aguantar las bromas y los desprecios de sus prójimos, pues hasta los horteras, y acaso éstos más despreciativos, la tomarán con el advenedizo. Pero fuerza de voluntad no habría de faltarle ya que tuvo, siem-

pre, presentes los terrones que podría muy bien estar desmenuzando y no dejaron de darle base para esquivar las humillaciones que captaba, mientras seguía adelante.

Muchas son las fuerzas que aquello da, para aguantar lo que no dejan de ser niñerías, comparadas con las inclemencias del tiempo que soportara, y cuanto le sucediera lo pasaría, si no por bueno, por menos malo que el manejo del pico y la pala. Si, por un quítame allá esas pajas, consiguiera trasladar al papel, con la pluma, lo que la ocasión le puso en las manos, con el pupitre y el taburete y la chubesqui encendida al rojo vivo, o el brasero de cisco de leña de encina, sobre el catre con jergón de paja de centeno, situado en un desván. Todo ello no será peor que el saco de paja migada por el trillo.

De hacerse impertinente para con los demás, al chico le obra su natural discreción y cazurrería, aparte de que va provisto de buena dosis de voluntad y disposición por mostrarse agradable, lo que acaso en esto se exceda, pero que acabará por ser tolerable y, poco a poco, se introduce, si lo desea, en medios más cultos, como las tertulias en los cafés, que no todas eran ni mucho menos de carácter literario. Por esa escuela, un tanto cauta, que consiste en observar, oír y callar, escuela de prudencia en suma, y a prueba de vicisitudes y contrariedades, jocosas unas y serias otras, hasta llegar, con el tiempo, a una especie de cátedra de buen decir, formada en el café Novelty.

Es difícil averiguar cómo tuve acceso en aquel santuario, entre gentes de saber, aunque el porqué me lo explique con mucho que me excitaba la sed de penetrar en lo maravilloso del saber humano. Formaban aquel estupendo cóncave de gran ingenio, peculiar de los contertulios, no todos universitarios, ni éstos siempre de los más sobresalientes. Podría decirse que presidía a los allí reunidos, sin pretenderlo, don José Santos Mirat, que alcanzaba notas muy altas de finura y agilidad mental, sin el menor alarde.

Aquel contacto mío con los asiduos a la tertulia del café Novelty, me serviría de enseñanza media, cuyos estudios no finalizara, aunque, bien orientado, podría muy bien haber

realizado. Y de no haberlo hecho cuando pude me he lamentado toda mi vida. Sin faltarme ansias de conocimientos que por lecturas posteriores, iría adquiriendo a través de los años, nunca los completaría, por esa falta de formación básica y el entrenamiento de los métodos docentes.

Todas las personas que conociera y a quienes tratara entre los años treinta al treinta y seis en la tertulia del café Novelty, eran de edad y mayores en conocimientos, algunos acaso con diez o más años de diferencia, cuando yo tenía diecinueve o veinte. Dejé de asistir por causa mayor, en julio del treinta y seis, cuando todavía no había cumplido los veintiséis, pero cuando tantos años contaba yo, hasta el nombre del café se habría transformado, pasando a llamarse Nacional, y la mitad o más de los contertulios, que ninguno era comunista, no habrían de volver nunca más. Para mí siguió siendo aquel café un centro cultural añorado y una de mis mayores nostalgias de mi Salamanca.

Varios de los hombres que recuerdo dejaron de vivir hará pronto cuarenta años. Unos muertos, otros emigrados; ¡quién sabe si viven! De muy pocos tengo ya noticia. Se cortaron asimismo las relaciones personales hace tiempo. Para aquéllos que estén con vida, éste será mi saludo, acompañado de mi afecto.

Pudiera muy bien haber sucedido (lo he pensado a veces) que mi introductor en aquel círculo de gentes de buen decir y perfecto hablar fuera Vicente Martín, que hace años supuestamente estaba en Méjico, a quien sus condiscípulos, no sé por qué llamaban «el Biserá», delineante del ferrocarril y que conocía por haberme acercado a él con motivo del anuncio que se hiciera, por el Comité organizador, para la constitución de la Juventud Republicana, cuya vicepresidencia él ostentaba y la presidencia, honoraria, la tuvo reservada don Leonardo Martín Echevarría. Así conocí, también, a José María Quiroga Pla, a Luis Maldonado Bomati, a Fernando Allué, a Jesús Pedraz, a Angel Santos Mirat, a Enrique Santos Mirat y, después, a Julián Sanz y a José Escorial. Estos dos trabajaban en el Banco de España.

Con más o menos asiduidad, asistían a la tertulia muchos

otros, y entre ellos, Vicente Santos Mirat, Cristóforo Martín, Luis Portillo, Salvador Vila (cuando venía de vacaciones), Agustín Iscar Alonso, y su hermano menor Antonio, Domínguez Guilarte y alguno que prefiero no mencionar aunque sean los menos; de otros que retengo el físico olvidado sus nombres, y lo siento.

No formaba parte de ese círculo César Real de la Riva, que sería para mí otro buen maestro honorario, durante algunos paseos por la ciudad y algunos de sus alrededores. Un amigo fue también el austriaco, profesor de alemán, Herman Inzinger, del que nunca más llegó a saberse a partir de julio del treinta y seis. Me daba clases, a tarifa reducida, ayudándome en un grupo de estudiantes de pago normal y, a la tarde, me obsequió con una merienda en casa de la familia, en compañía de dos frailes dominicos alemanes emigrados de su país, en huida del régimen de Adolfo Hitler, y no más de un mes antes de que nos viéramos en una situación que también pareció extraña a los católicos alemanes.

Un diputado alemán, socialdemócrata, estuvo de paso por Salamanca a principios de aquel verano. Era hombre ya de edad, ingeniero de profesión, mal trajeado, solicitaba ayuda en las terrazas de los cafés, para poder continuar su viaje, muy poca gente compadecía su situación, y hasta los socialistas le miraban con cierto desdén, como si quisieran darle en cara y no perdonarle que hubiesen dejado hundir a los socialdemócratas la República Alemana. Y la verdad es que nosotros sentíamos, las izquierdas en general, la mar de bien con una confianza tan infantil, que, en los republicanos y socialistas moderados, llegaba a la estupidez. Una gran parte de los socialistas españoles tenía la obsesión de que sus intereses no desagradasen a la burguesía, cuidaban mucho el que estuvieran bien conceptuados y se consideraban como unos buenos administradores de sus intereses, la opinión que de ellos pudiera formar Luca de Tena la tenían muy en cuenta. «A B C» era su segundo periódico.

Enfrente del café Novelty una puerta giratoria. A la izquierda la entrada, y con vistas a los soportales y la plaza Mayor,

se sentaban gentes indeterminadas, forasteros principalmente, que desde allí observaban los paseantes y aspiraban a ser vistos. Dentro, en el ala izquierda, la tertulia ocupaba un buen espacio, tres, cuatro y hasta cinco o seis mesas, donde nos sentábamos los amigos y conocidos que cito y muchos más que por allí pasaron, tales como Wenceslao Roces y Alfonso García Valdecasas, entonces republicano o que dijo serlo; ambos recién llegados como catedráticos de la Universidad.

A la derecha de la entrada formaban grupo, bastante diverso, terratenientes y ganaderos que se pasaban la mayor parte del tiempo discutiendo sobre lances y faenas de toreros. Su interés principal estaba fijado en la marcha de la llamada fiesta nacional, eran sin subterfugios gentes de «derecha de toda la vida» y, según don Miguel de Unamuno, el grupo más conspicuo de la «cuernocracia». A veces vociferaban en apoyo de sus puntos de vista sobre el tema que tratase. Y era entonces cuando nosotros iniciábamos un leve silencio hasta que, por lo general, la marea de las voces remitía y se calmaba el ruido. Nunca llegó a originarse incidente alguno serio por aquellas actitudes, pues todos hacíamos lo posible por no pasarnos de un comportamiento que mermase lo correcto. Es decir que se convivía. Sin embargo, cuando poco después se abrieron las puertas al campo, más de uno involucraría ofensas pasadas pasivamente aguantadas y ¡tanta humildad habían sufrido! Aquella espina guardada nadie la sepechaba.

Por cierto, en el centro del salón, como separando los bandos opuestos, ocupando un par de mesas, se sentaban la administración de la Justicia y allí concurrían desde Luis Clavijo, que fue juez de Instrucción muy joven y, como Zambiri, de los pocos que no volverían a ocupar sus plazas estatales, el presidente de la Audiencia, señor Poladura, el fiscal señor Alamillo, otros magistrados, y don Vicente González que llegaría muy joven a Salamanca y se acercaba a nosotros. Cuando sentía algazara se llegaba al punto porque esperaba reírse también acompañando nuestras carcajadas, que seguramente provenían de alguna anécdota o chascarrillo

era contado Cristóforo Morán, de quien don Vicente siempre buen amigo, y los dos tenían gran retentiva, con la que para contar cosas que podía uno estarse una semana en ellos sin dejar la carcajada.

El buen humor y ausencia de acedía que en aquella época inspiraba, puede dar idea la siguiente anécdota que don Vicente González, fiscal y después magistrado del Tribunal Supremo, nos contara un día, que había sucedido cuando se trataba la vista de la causa en la que intervenía don Basilio Álvarez, cura además de abogado, diputado republicano galleguista según creo y del que nada he vuelto a oír desde los treinta y seis. Impresionado por la figura y la hermosa oratoria de don Basilio, uno de los señores maduros, que no debía ser mal poeta, improvisó una cuarteta que aproximadamente decía: «Me asombra la elocuencia que desparpajo de este cura de secano, hetairas dice en la vedra..., putas, y gracias, hermano.» El coro de carcajadas de los tres señores magistrados hubo de hacer necesaria la suspensión de la vista, pues no era prudente dar explicaciones ni fácil al presidente hacerlo en el acto.

Al contraste con la euforia con que fuera proclamada y mantenida oficialmente durante seis años, la Dictadura de Primo de Rivera se extinguió sin pena y sin gloria. Uno de los nuevos gobernadores civiles nombrados por el Gobierno republicano sería, para la provincia de Santander, Fernando Peyra, a cuya toma de posesión acudieron contentos amigos y por ello lo recuerdo. Fernando Iscar llegó a ser un amigo mío e hizo cuanto pudo a mi favor cuando yo me fue que luego se me siguió, haciendo uso de sus numerosas amistades, tanto en Salamanca como en Valladolid, donde me quedé para siempre reconocido.

Después del regreso de don Miguel de Unamuno y Jugo del desastre (yendo primero a Madrid y a Salamanca luego) con el recuerdo (de los dos acontecimientos por haber asistido también a ambos recibimientos). La entrada del tren conducía desde Hendaya a don Miguel hizo su aparición en la estación del Norte de Madrid un domingo, casi ya de noche. Al descender del tren fue, entre otros, abrazado por

un señor muy anciano, visiblemente achacoso, que después supe que era don Manuel Bartolomé Cossío, y pasado un instante ya poco más vimos. Pues comoquiera que la multitud ovacionaba a Unamuno, al mismo tiempo que daban vivas a la República y mueras al Rey, intervino la fusilada pública, que a toque de clarín daría una ligera carga, pero lo que, en un santiamén, maravillado, observé cómo los soldados, que un momento antes estaban atestados de gente, quedaron vacíos y aquella masa de personas se hundía como si se la tragase la tierra.

La gente joven se escapaba por las bocas del «Metropolitano» que yo no había visto nunca y, por tanto, desconocía que existiese aquella trampa que se abría. Al presenciar aquello para mí, tan extraño hundimiento automático a toque de trompeta (de la multitud), me quedé por un momento aturdimiento, hasta cuando me sacaría la vista de un guardia a caballo que, caracoleando, sable también en movimiento, se me acercaba ya demasiado, me hizo emprender la huida en seguimiento de los últimos rezagados que salían de la estación, cuesta de San Vicente arriba.

No me había dado cuenta hasta entonces de que había perdido a los amigos y de que estaba solo; iba preocupado por encontrarlos, pues. No conocía Madrid ni me acordaba en aquel preciso instante dónde ni de cómo se llamaba el lugar de cita que habíamos previsto como precaución, pero que cualquier acontecimiento pudiera separarnos con el barullo fácil de esperar que se formase. Rumiaba no sólo de vascos y vizcaínos, algo tales como el del restaurante de Los Bilbaínos, cuando, para mi fortuna, una piedra lanzada (no por mí) contra una farola (a la que romper los cristales) hizo que la gente se volviera a mirar para atrás y muchos se detuvieron. Allí vi de pronto a mi buen amigo Julián Sanz, sacudiéndose la cabeza con el pañuelo liado en la mano por temor a que le hubieran caído en el pelo las quirlas de los cristales y que naturalmente se daría cuenta de mi preocupación y de la alegría de encontrarle. Subí hasta la Gran Vía y ya después al encuentro del resto de los amigos, que aparecieron por distinto lado.

La mañana de aquel mismo día, dando vueltas por la Gran Vía, don Miguel de Unamuno, Mayor de Salamanca, Julián Sanz nos había propuesto ir a Madrid a recibir a don Miguel. Un joven, «Tormenta», conocido, nos transportó. En espera de que Fernando de los Ríos oyera su misa dominical, saldríamos ya después de las diez de la tarde, componiendo la expedición Luis Maldonado, Bomati (víctima luego de una de las «sacas»), Fernandillo, Angel Santos Mirat, Julián Sanz y el que suscribe, por primera vez salía de un radio de acción no mayor de cincuenta kilómetros, veinte acaso, de la ciudad del Tormes. Aunque siempre tuve las montañas y las sierras a la vista, antes había pisado sus laderas. Así que, una vez pasado el Arzobispado, los parajes de San Rafael y el Guadarrama me maravillaban con el verdor de sus prados, tan diferentes de la dureza adusta y reseca de los lugares en donde me había estado. No menos fascinante me pareció desde el Alto de San León la vertiente de la cordillera sobre Madrid, cuyas montañas en lontananza se divisaban.

Los días después, y no menos triunfal, haría su entrada don Miguel de Unamuno en Salamanca, tan querida por él, incluso en el destierro añoraba sus paseos habituales por la carretera de Zamora, paralela a la de Valladolid, por donde ahora hacía una nueva entrada. La gente vibraba de emoción en la ciudad, que suspendió toda clase de actividades laborales, pues todo el vecindario deseaba salir a la carretera a ver llegar el cortejo y contemplar a Unamuno, que disfrutaba de tanto prestigio, la figura señera por la que siempre había sido era entonces más conocida en el extranjero.

Una larga caravana de vehículos le acompañaba desde Salamanca hasta la ciudad plena del Campo y le escoltaba hasta la ciudad llena de gente. No se registró el menor incidente y la jornada transcurrió en fiesta, con el mayor júbilo y contento. Había vuelto don Miguel a su casa y abrazaba a su familia.

Recuerdo que casi todas las mañanas en invierno, minutos antes de las ocho, me encontraba con don Miguel en la Gran Vía de la Rúa, entonces de García-Barrado, cerca ya de la calle de Anaya, en cuyo palacio, después de ser cuartel de la Guardia Civil, sería instalada la Facultad de Letras; allí daba

Madrid, 6-10-46.

Estimado Manolo:

El martes último, por fin, los médicos creyeron que podía abandonar el sanatorio, al cabo de *diez años y veintitrés días* de enfermedad.

Estoy aquí por poco tiempo. Pero regresaré a no tardar. Entonces volveré a escribirte y, en uno de tus viajes a la capital, tendré la satisfacción de abrazarte.

Te reitero, así como a tu esposa, mi mayor agradecimiento por el interés que te has tomado conmigo durante la larga enfermedad.

Saludos muy afectuosos para tu esposa y familia. Besos para tu hijito. Y tú recibe un fuerte abrazo de tu amigo.

Máximo

P. S.—Hasta que no te dé otra dirección, si necesitas escribirme puedes hacerlo a la de Daniel, Barcelona.

Saluda a los que fueron buenos amigos y se han alegrado de mi curación.

Madrid, 31-12-46.

Estimado Manolo:

Mañana es tu fiesta familiar y es año nuevo además. Te deseo muchas felicidades doblemente, en compañía de tu esposa, hijito y demás personas de la familia.

Recibe un afectuoso abrazo de tu amigo.

Máximo

Madrid, 12-3-47.

Estimado Manolo:

Recibí tu carta a su debido tiempo. Perdóname que te conteste con algún retraso. La verdad es que no me queda materialmente tiempo. El trabajo de traductor es absorbente. Lo hago por fuerza, porque no me queda por ahora otro remedio.

Las cosas familiares siguen su curso normal, con tendencia más bien optimista.

Leí hace tiempo el libro de Valtín. Me extraña que digas que sólo has leído la primera parte, puesto que forma un todo único, muy voluminoso, por cierto. Así era la edición de Buenos Aires. No conozco otra en castellano.

Me alegro mucho que tus cosas vayan encarrilándose bien.

Con afectuosos recuerdos para tu familia, recibe un abrazo de tu amigo.

Joaquín

P. S.—No recibí la tarjeta por Navidad a que te refieres.

Madrid, 30 de mayo de 1947.

Estimado Manolo:

Recibidas tus dos cartas últimas. Gracias por tu amable juicio. Se hará lo que se pueda. Más no es posible.

Te agradecería que me sacaras a máquina copia del primer capítulo (son pocas páginas) de la gran novela *Amor y comedia*. Sólo del primero, ¿eh? Y me lo remites.

Supongo que os asaréis de calor, como nos ocurre ya aquí. ¡Qué verano se nos prepara!

Junto con tu esposa e hijitos, recibe un afectuoso abrazo de tu amigo.

Joaquín

P. S.—Te recomiendo que leas el libro recientemente publicado *El cero y el infinito*, por Arthur Koestler, ediciones Destino, Barcelona (vale 30 pesetas).

Barcelona, 11 de julio de 1947.

Estimado Manolo:

Desde hace un par de días me encuentro en Barcelona preparando las cosas para ir a reunirme con mi mujer e hijo.

Antes de salir de Madrid te mandé los dos diccionarios alemanes que me prestaste hace unos años y que me ayudaron en mi estudio. Muchas gracias. Si algún día los necesitara de nuevo, volvería a pedírtelos.

No me escribas hasta que vuelva a darte fe de vida.

Te deseo mucha suerte en tus empresas.

Junto con tu mujer e hijitos, recibe un afectuoso abrazo de tu amigo.

Máximo.

INDICE

	<i>Páginas</i>
Nota preliminar	9
I. Retrato físico de Maurín	13
II. Mi infancia y adolescencia	19
III. Salamanca	29
IV. La República	45
V. Conflicto de clases	67
VI. Vísperas de la tragedia	79
VII. La guerra civil	93
VIII. La Valmuza y nuevos peligros superados	109
IX. Nace una niña	121
X. Cuarenta y dos meses de refugio, con una salida intermedia a Pamplona	131
XI. Maurín en la prisión de Salamanca	147
XII. Portugal	163
XIII. Expulsión y fuga	181
XIV. España, 1940	193
XV. Máximo, el de la 14	203
XVI. Maurín es identificado	215
XVII. Maurín. Preso distinguido	233
XVIII. Encuentros furtivos con Maurín	249
XIX. Maurín va trasladado de la prisión provincial de Salamanca a la prisión celular de Barcelona	269
XX. Libertad de Maurín	289
XXI. La segunda muerte de Maurín (1897-1973)	311
Cartas de Maurín desde la prisión	331